

EL-DILUVIO



LA REVOLUCION DE PORTUGAL. — Grupo de republicanos escuchando una arenga de Almeida en los momentos más críticos de la revolución.

CHARLA INSUSTANCIAL

No, impaciente lector, el atentado de que ha sido víctima la niña Montserrat no quedará impune porque no ha podido cometerse sin la activa ó la pasiva cooperación de los encargados de la custodia de esas pobres niñas.

Si te tomas el trabajo de pensar un poco verás que la vida de las niñas asiladas se hace en común, es decir, que no están solas en ninguna circunstancia; juntas comen, juntas duermen, juntas asisten á los actos religiosos, juntas se pasean y si alguna vez una ó varias de ellas se separan de sus compañeras es por orden de la superiora y para acompañar á las madres que van á recoger limosnas ó á realizar cualquier otro acto impuesto por el reglamento ú ordenado por quien tiene autoridad para hacerlo.

Así, pues, la niña Montserrat no pudo ser sepa-

rada de sus compañeras sin conocimiento de la encargada de su asistencia y vigilancia y menos ser llevada á un sitio donde no se oyeran sus gritos ni pudiera ser socorrida por nadie.

De manera, sensible y caritativa lectora, que ya ves cómo hay no un hilo, sino un cable fuerte y resistente para llegar á ese ovillo lleno de enredos y marañas de los que muchos se pondrán en claro con un poco de paciencia y de buena voluntad y cuyo conocimiento servirá de freno á los calumniadores de la enseñanza laica y á los que, preconizando las ventajas de la enseñanza religiosa, no dejan en paz á nadie, pidiendo á todas horas y á todas horas cantando las excelencias del timo por el procedimiento de la caridad.

Ocasión es esta, y no creo que se deje escapar, de examinar detenidamente la marcha y funcionamiento de todos esos Centros de enseñanza, y está seguro, amable lector, de que la publicidad de tal examen hará cesar muchas arrogancias y acallará muchas voces insultantes y provocativas.

Vamos á ello, que acaso lo consigamos á fuerza de pedirlo y acaso nos libremos de una competencia que pone á muchos desgraciados en inminente riesgo de condenación.

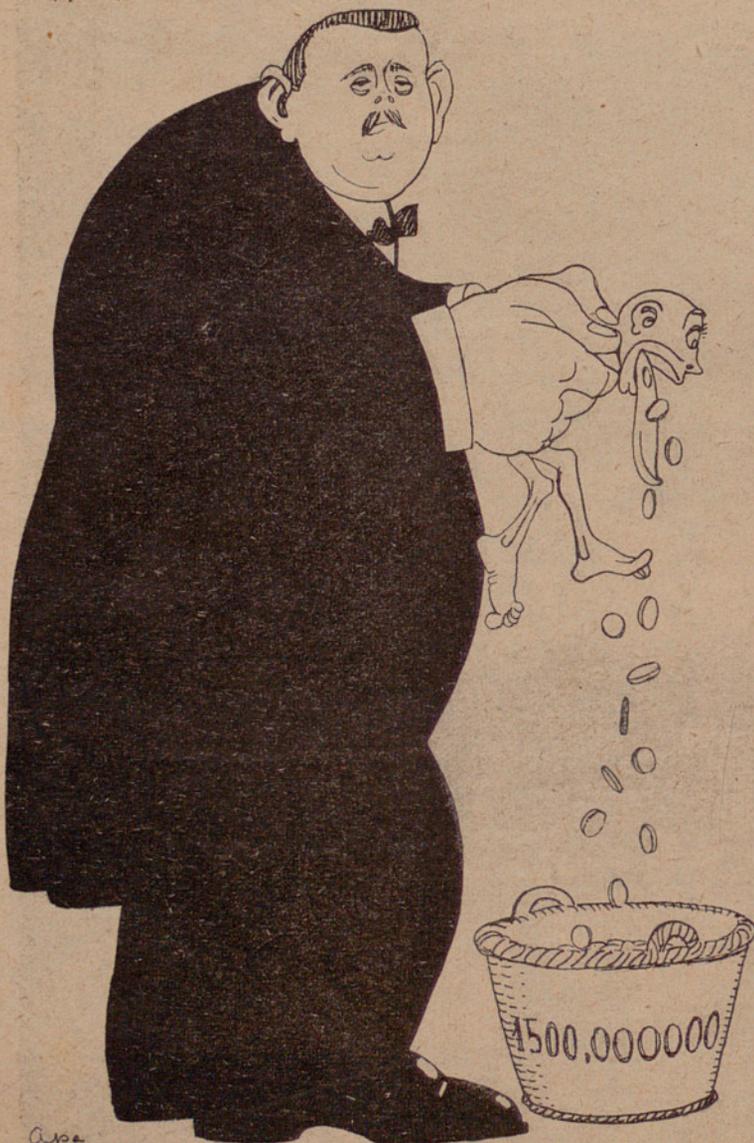
Y mira de qué modo tan sencillo.

Si á pretexto de enseñar á trabajar y de hacer que se contraigan hábitos de obligación y paciencia para sufrir se recogen *caritativamente* algunas docenas de muchachos, y sólo para realizar tan santos fines ¡Dios nos libre de pensar otra cosa! se recorren los grandes almacenes pidiendo trabajo y obteniéndolo, porque los almacenistas se sienten caritativos y, lo que es más práctico, porque la mano de obra resulta mucho más barata, vendremos á parar á que una mujer, por hábil y laboriosa que sea, no podrá ganar para vivir y...

Y nada más; los lectores hablan por nosotros.

Los portugueses han sumado todas esas y otras ventajas de los institutos más ó menos monásticos, después han visto lo que les conviene, y han decidido condenar á su pueblo á que se las componga como pueda sin que vengan los de la moralidad religiosa á derramar sobre ellos los dones de su caridad inagotable.

Y la Iglesia ha bajado humildemente su cabeza, comprendiendo que ya es hora de dar al César lo que es del César, después de haber dado al



El verdadero proyecto de Cobián.

diablo durante tantos años lo que era suyo y lo que no lo era.

El hermoso arranque de caridad que estamos presenciando, y que EL DILUVIO ha tenido la honrosa satisfacción de provocar, pone de manifiesto lo que el pueblo siente y lo que el pueblo piensa. Ya que por tantos conceptos sea víctima de las desigualdades sociales, que se quite hasta la más remota posibilidad de que vengan sus tiernas hijas á ser víctimas de monstruos, sean de la clase que fueren, albergados entre las tinieblas de esos edificios, cuyo examen es tan difícil hasta para los encargados de cumplir las leyes.

Si la candorosa inocencia de la niña Montserrat, si hasta su falta de desarrollo físico, no la han librado de un atentado tan odioso, ¿qué podrá pasar con las que se hallen en la plenitud de su belleza?

Que contesten los encargados de la custodia de esas tiernas niñas y que los padres oigan la contestación con la atención que merece.

SOLFANELLO.

EL CURA Y EL FRAILE

I

ANTES DEL SERMÓN

Escena: Sacristía de parroquia de tercera clase. Ornamentos pobres, mucho humo de cigarrillos y poca limpieza. — Personajes: Un cura gordo que fuma un puro. Otro cura más gordo revestido de sobrepelliz. Dos monaguillos con cara sucia y sotanas cortas llenas de manchas. Una devota vestida con lujo chillón y de mal gusto. Un sacristán joven, alto, delgado, con grandes ojeras, tiene siempre la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, debajo de la sotana. Muy nervioso.

La devota. — A ver cómo se porta, don Felipe. Ya sabe usted que hoy pago yo la novena. No se olvide usted de dedicar un recuerdo á mi difunto Narciso. ¡Cuánto se alegraría él de oírle! Algunas merendonas han hecho ustedes juntos... ¡Ay, no somos nadie!... ¡Tan bueno y tan robusto como estabal!... En fin, no hablemos de esto porque me *enternezgo*... (Hace que se limpia una lágrima.) Sobre todo elogie usted mucho á los padres franciscanos, porque como la novena es á



La niña Montserrat Iñiguez en brazos de su madre. Víctima de la lujuria de un monstruo en el convento de Santa Isabel, de la barriada de Gracia.

San Antonio y yo los quiero tanto... Me ha dicho el P. Guardián que vendría á oírle el sermón... Ya sabe usted que tiene mucha mano con el señor obispo... ¿Habrán empezado ya la novena? (Al sacristán.) Nicasio, asómate á la iglesia á ver...

El cura gordo. — Diga usted, doña Manuela: ¿le quedó á usted más vino rancio de aquel que nos dió para las misas? Porque se nos acabó y estamos bebiendo veneno.



Una sesión del Comité de damas del Congreso de la Tuberculosis



Sesión inaugural del Congreso español internacional de la tuberculosis. — Mesa presidencial

La devota.—Mañana les enviaré media arroba.
El predicador.—Usted siempre tan rumbosa.
Esta doña Manuela había nacido para reina.

La devota.—Es que una tiene buen corazón... Yo no puedo ver una *nesecidad* sin remediarla.

El sacristán.—Van á empezar la novena... El P. Guardián de los franciscanos está en el coro...

La devota (con gran júbilo).—¿No le decía yo á usted?... Ea, me voy... Hasta luego; ya entraré á felicitarle y que se luzca usted, señor *pedricador*... (Sale.)

El cura gordo.—Esta tía te la birlan los frailes, como á mí me birlaron á la viuda del coronel... ¡Y qué lujo lleva! Ya tuvo suerte de entrar á servir en casa de don Narciso...

El predicador.—¡Y tener que elogiar á los frailes! ¡Así los pará un rayo!

El cura gordo.—¡Y tú que no lo hagas! Te arman un lío con el obispo que te hundén... Y ten cuidado con la Ruperta, tu ama, que ya la han visto ir al convento dos veces...

Los monaguillos.—Ya es la hora de salir.

El sacristán.—Vosotros delante... Cuando usted quiera, don Felipe... (Salen.)

II

EN EL SERMÓN

Escena: Iglesia atiborrada de gente de poco pelo. Bancos y sillas llenos de fieles... Muchos cuchicheos... Viejas que dormitan... Por los rincones parejas de jóvenes muy acaramados... En el presbiterio curas y muchos seglares calvos... Don Felipe palmotea en el púlpito... La devota rica le mira extasiada... En el coro el padre Guardián aguza el oído.

El predicador.—«...Y tiende, ¡oh santo bendito! una mirada de

protección sobre la ilustre dama que hoy costea estos solemnes cultos, cuyo *corazón* derrama con-



LA REVOLUCION DE PORTUGAL.— El Arsenal de Lisboa en el momento de izarse la bandera republicana.

Le dí las señas de la casa, y cuando comprendió donde era:

—Muy bien—me dijo—. Es una de las fincas de M. Bertin-Lavaille ¡Dentro de media hora estaré allí con cuatro señoras! ¡Já, já, já, já! ¡Cuatro señoras!...

Me acompañó hasta la puerta sin cesar de reír y me despidió diciéndome:

— ¡Hasta luego! Dentro de media hora estaré allí.

Volví á mi alojamiento lo más deprisa que pude, admirado y preocupado.

—¿Cuántos cubiertos?—me preguntó Marchas al verme.

—Once. Nosotros seis, el cura y cuatro señoras.

Se quedó estupefacto. Yo saboreaba mi triunfo.

— ¡Cuatro señoras!—repitió—. ¿Has dicho cuatro señoras?

—He dicho cuatro señoras.

—Verdaderas mujeres.

—De carne y hueso.

— ¡Diabli! Mi enhorabuena.

—La acepto; creo merecerla.

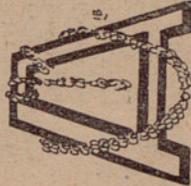
Abandonó su sitio, abrió la puerta y pude contemplar una larga mesa cubierta con un blanco mantel, alrededor de la cual tres húsares con delantales azules disponían los sitios y arreglaban los cubiertos

— ¡Habré señoras!—gritó Marchas.

Los tres se pusieron á bailar, aplaudiendo con entusiasmo. Todo estaba á punto. Aun esperamos cerca de una hora. Un delicioso olor de aves asadas se percibía en toda la casa.

Un golpe dado contra el postigo nos hizo levantar á todos; el gran Ponderel corrió á abrir y un instante después apareció en el dintel de la puerta una hermana de la Caridad. Delgaducha, arrugada y tímida, saludó uno por uno á los cuatro húsares que la miraban azorados. Detrás de ella se oyó un ruido de bastones golpeando el pavimento del vestíbulo y vimos aparecer, siguiendo á la monja en hilera, tres viejas con papalinas blancas que se balanceaban con diferentes movimientos, zozobrando á derecha é izquierda. Las tres pobres mujeres cojaban, arrastrando las piernas, estropeadas por las enfermedades y deformadas por la vejez; tres inútiles fuera de servicio. Eran las únicas pensionistas del establecimiento de caridad que dirigía la hermana San Benito, capaces de caminar solas.

LA NOCHE DE REYES



— ¡Decía el capitán, conde de Garcens—creo que jamás me olvidaré de aquella fiesta de Reyes que celebramos durante la campaña.

Era yo entonces sargento de húsares y hacía quince días que iba de exploración sin perder de vista á la vanguardia alemana. La víspera hablamos acuchillado á unos hulanos, perdiendo tres hombres, entre ellos el simpático Randeville; creo que no os habréis olvidado del pobre José de Randeville. El día á que me refiero el capitán me mandó con diez jinetes á guardar y ocupar toda la noche el pueblecillo de Porterin, donde nos habíamos batido cinco veces en tres semanas. No quedaban en pie ni una docena de casas, ni habría un número mayor de habitantes en aquella gazapera. Tomé mis diez caballos y salí á eso de las cuatro. A las cinco ya había cerrado la noche, y á esa hora, próximamente, llegamos á las primeras casas de Porterin. Hice alto y ordené á Marchas que entrase solo en la ciudad á procurar-

se noticias. Os acordaréis de Pedro de Marchas, que se casó después de la guerra con la hija menor del marqués de Martel-Auveilin.

Entre los voluntarios había escogido los de mejores fanillas y así éramos todos unos, pues no hay nada tan violento en la milicia como el tener que tratarse con ciertos tipos. Este Marchas era decidido como nadie, astuto como un zorro y flexible y ligero como una serpiente. Venτερα los prusianos como un sabueso venía una liebre, encontraba provisiones donde cualquiera de nosotros se hubiera muerto de hambre y obtenía noticias y datos de todo, siempre exactos, con una facilidad admirable.

A los diez minutos estaba de vuelta, diciendo:—Esto va bien; no ha pasado por aquí ni un prusiano desde hace tres días. Este pueblo ha sido muy castigado. He hablado con una monja que cuidaba cuatro ó cinco enfermos en un convento abandonado y por ella lo he sabido todo.

Di la voz de marcha y penetramos en la calle principal. A través de la oscuridad se distinguían con trabajo las paredes caídas, los techos derrumbados. En algunas habitaciones se veía brillar la luz á través de los cristales; era una familia que se había quedado guardando su casa medio derribada, lo que hacía suponer que eran muy valientes ó muy pobres.

Empezó á caer una lluvia menuda y fría que nos helaba, sin mojarnos apenas las gruesas capas. Los caballos tropezaban con piedras, muebles, vigas... Marchas nos guiaba, caminando delante de nosotros pie á tierra, con el caballo cogido de la brida.

—¿A dónde nos llevas?

—A un buen alojamiento me respondíó.

Y pronto se detuvo delante de una pequeña finca de aspecto decente que había quedado en pie por casualidad y que se hallaba cerrada. Detrás de la casa había un jardín. Valéndose de un grueso guijarro que encontró á mano, Marchas hizo saltar la cerradura de la verja, subió los escalones de la terraza y forzó la puerta de entrada á fatadas, y, empujándola con todo el cuerpo, encendió un cato de vela que llevaba siempre á prevención y nos precedió, entrando en

—No ceno aquí, hija mía.

—¿Dónde cenaréis, pues?

—Con estos señores.

A punto estuvo de decirle: «Llevad á vuestra criada», para ver la cara que ponía Marchas, pero no me atreví.

—Entre vuestras feligresas—le pregunté tímidamente— no habrá alguna de las que han quedado en el pueblo á quien poder invitar, si os parece.

Después de pensar un momento:

—No, nadie—me contestó.

—Nadie—insistí.—Vamos, señor cura, buscad. Sería el complemento de la fiesta el tener señoras á nuestra mesa. ¡Por supuesto, como en familia!... Tal vez pueda yo ayudar vuestra memoria... El panadero con su mujer, etc., etc., etc... el relojero... el zapatero... el boticario y la boticaria... Tenemos buena cena y buen vino y deseáramos dejar un buen recuerdo á la gente de este pueblo.

El cura volvió á meditar un buen rato, y de pronto dijo resueltamente:

—No, no hay nadie.

—Caramba, señor cura, es lastima tener el haba á punto y no encontrar una reina (1). Vamos, buscad. ¿No hay un alcalde casado, un secretario ó un concejal casados?

—No; todas las mujeres han abandonado el pueblo.

—¿Y no habrá en el pueblo ni una propietaria de buen ver con su correspondiente marido á quien podamos hacer este obsequio, lo que sería una honra para nosotros en las presentes circunstancias?

De pronto el cura se echó á reir estrepitosamente, haciendo retemblar la habitación con sus carcajadas.

—¡Já, já, já!—exclamó.—Ya tengo lo que queréis; ya habido con ello, ¡Santo Dios, lo que nos vamos á divertir! ¡Já, já, já! Ya veréis, hijos míos, lo que nos reiremos. Y ellas irán con mucho gusto, ¡va lo creo! con mucho gusto. ¡Já, já, já! ¿Dónde es alojáis?

(1) Se refiere el autor á la antigua costumbre que existe todavía en algunos pueblos de Francia de celebrar la noche de Reyes comiendo en familia. A los postres se reparte entre las señoras una torta, en la que previamente se ha introducido un haba. Aquella que se la encuentre en el trozo que le ha correspondido, es declarada reina de la fiesta.

tinuas lágrimas por la ausencia del amante esposo que desde el cielo la contempla... (doña Manuela se pasa el pañuelo por los ojos; todos la miran) y premia con largueza su generosidad con los desvalidos y con la Santa Iglesia, que se regocija viendo en ella una de sus hijas más preclaras... Y, sobre todo, no te olvides de tus venerables hermanos los ilustres hijos de San Francisco, que felizmente se han establecido en esta comarca para perfumar con el aroma de sus virtudes á esta católica ciudad y derramar por todas partes los deslumbradores destellos de su inteligencia... Bendice de un modo especial á su dignísimo Guardián, vivo retrato del serafín de Asís, dechado de todas las virtudes, cuyas huellas debiéramos besar todos los que tenemos la dicha de tratarle, y haz que bajo su sabio gobierno prospere y crezca su convento para edificación y ejemplo de todos los buenos y confusión de los impíos, etc., etc... Y sean todas estas bendiciones precursoras de la gloria celestial que á todos os deseo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

El predicador baja del púlpito anegado en sudor y congestionado... Se perciben por todo el templo murmullos de aprobación, toses, sonar de narices, ruido de sillas... La devota rica es felicitada por muchas señoras... El P. Guardián sale del coro entre dos filas de músicos y cantores que le miran embobados... El órgano suelta con estrépito toda su trompetería...

III.

DESPUÉS DEL SERMÓN.

Escena: La misma del cuadro I. Personajes: Los dichos y gran coro de beatas, cofrades y curas que van y vienen. Don Felipe moja bizcochos en una copa de Jerez.

La devota.—Me ha hecho usted pasar un rato delicioso que no olvidaré en mi vida. ¡Ay, y qué pico tiene usted! Le ha gustado mucho á todo el



Los alumnos de las clases diurnas del Ateneo Obrero de Barcelona en su excursión al Parque Municipal.



Primer aniversario del fusilamiento de Ferrer.—Manifestantes reunidos junto á la tumba del que fué fundador de la Escuela Moderna.

mundo el sermón... Cuento usted con el de las Maravillas; ya sabe usted que soy camarera de la Virgen y que los pago bien...

El predicador.—Gracias, gracias... Usted siempre tan buena.

Varios curas y seglares.—¡Que sea enhorabuena... ¡Muy bien, don Felipe!... ¡Abríguese que está usted sudando!...

El P. Guardián.—(Entra con aire hipócrita; todos se levantan y le rodean solícitos. Doña Manuela le besa las manos, el cordón, el hábito y todo lo que puede... Don Felipe le hace una profunda reverencia... Gran expectación y silencio.) Vengo á darle á usted las gracias por las inmerecidas frases de elogio que ha dedicado usted á mi humilde persona, á mi Comunidad y á la gloriosa Orden á que pertenezco... Sacerdotes como usted son una honra para el Santuario y yo me encargo de que el prelado conozca su celo por la religión y, sobre todo, su amor á las Ordenes religiosas... Mi felicitación más cordial, pues, y como gratitud mis humildes oraciones... (Le bendice.)

El predicador.—Me honra usted demasiado, reverendísimo padre... Dios le premiará tanto favor.

La devota (que se come al Guardián con los ojos).—Mañana, padre, iré á confesarme..

El Guardián (haciendo que no la mira).—Las aguas salúferas de la penitencia esperan á todos los pecadores... (Sale con todo el aparato de la entrada.)

La sacristía se va quedando sola. Los fieles se van. Los monaguillos apagan las luces. El sacristán recoge chirimbolos sin sacar la mano izquierda del bolsillo del pantalón. Don Felipe apura la última copa de Jerez y dice en su interior:

—¡Maldito fraile! ¡Así revientes, ladrón! Si supiera que ayer le birlé las misas de San Gregorio de la estanquera no me llamaría honra del Santuario.

El P. Guardián, camino de su convento, murmura entre dientes:

—Si llega á saber que media hora antes del sermón estaba su Ruperta en mi celda, cualquier día me llama retrato del serafín de Asís!...

FRAY GERUNDIO.

PARLAMENTARISMO CÓMICO

Nada más regocijado,
cuando sueltan la *sin hueso*,
que Antolín en el Senado
y Dalmacio en el Congreso.
¡Lo que nos hacen reír
en cuanto empiezan á hablar,
su modo de discutir
y su modo de pensar!

Dicen que Antolín es listo
y que talento rebosa;
pero yo, por lo que he visto,
sospecho que no hay tal cosa.
Aunque elogian su valor
en la lid parlamentaria,
lo cierto es que el buen señor
sale á una paliza diaria.

Apenas hablar le toca
y se dispone al combate
*no abre el obispo la boca
no diga un disparate.*

Así es que cuantos están
tristes ó sufren esplin,
á diario al Senado van
¡por escuchar á Antolín!

Pero ¡qué regocijado
se muestra todo el concurso
apenas el purpurado
da comienzo á su discurso!
¡Cómo á la Cámara encanta
y la inunda de alegría
la ocasión de escuchar tanta
divina majadería!

¿Y don Dalmacio? A despecho
de su modestia sin par,
en la Cámara ya se ha hecho
un tipo muy popular.

De bola á bola ó por tabla
dice cosas oportunas
y si se anuncia que él habla
se ven llenas las tribunas.

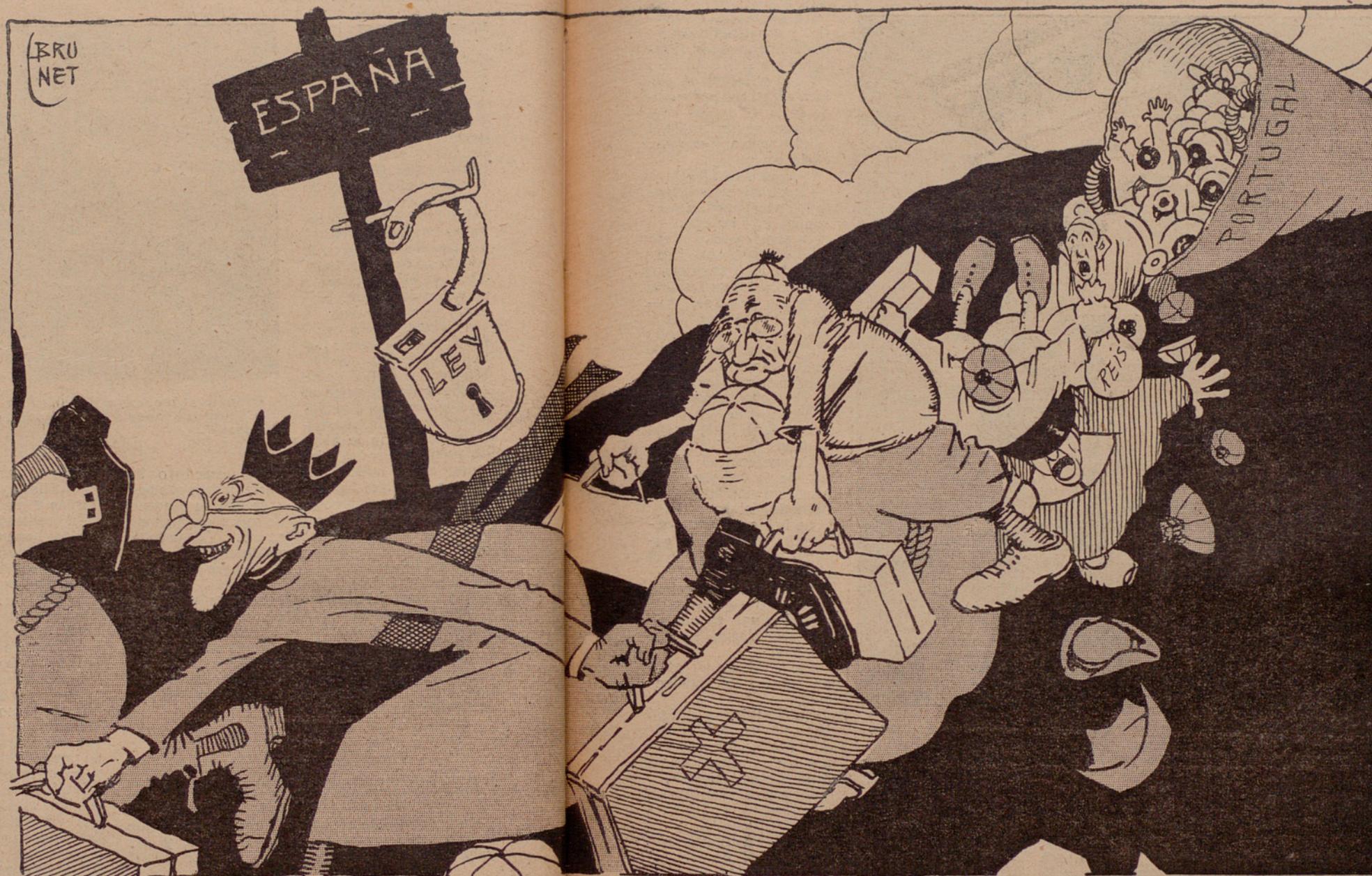
Nadie se muestra rehacio
para oírle, por el motivo;
de que resulta Dalmacio
un orador muy festivo.

Y si despacio ó de prisa
tercia en cualquier discusión
¡ya tiene el Congreso risa
para toda la sesión!

El causa nuestro embeleso
en aquel angusto espacio...
¡Qué sería del Congreso
á no ser por don Dalmacio!

¡Qué de discursos sin fin!...
¡Qué aburridas discusiones!...
Mas ¡gracias á él y á Antolín!
se puede ir á las sesiones!

MANUEL SORIANO.



¿De qué servirá la ley — si ya está dentro esta grey?



LA FELICIDAD SUPREMA

—¿Ha leído usted—me dijo el doctor encendiendo un cigarro—el relato de la ejecución?

—Sumariamente. Siempre es lo mismo.

El sentenciado á quien preparan para el lance fatal; la bruma, la descripción de la plaza, las lamentaciones de los *reporters* que no han podido acercarse... Es una desconsoladora monotonía.

—Lo que usted no sabe es que el reo ignoraba que iba á ser ejecutado. Caminó hacia el cadalso con la sonrisa en los labios, de suerte que el golpe fatal fué para él como el colmo de la dicha.

—¿Y cuál fué la causa de esa ilusión?

El doctor sonrió maliciosamente y dijo con sencillez:

—He suprimido la pena de muerte por medio de sugestión. La sugestión es el apoderamiento del hombre por el hombre. La sugestión puede crear las alucinaciones más variadas.

Por parte de la vista se puede sugerir una apreciación de la forma, el color y la situación de un objeto; producir un error sobre la identidad de una persona que se toma por otra, evocar la presencia de una persona ausente.

Por parte del oído se puede hacer oír un espantoso ruido en medio del silencio absoluto.

Por parte del sentido del gusto se puede hacer comer un papel que sepa á jamón y beber agua de mar que sepa á champaña.

Y así en los demás sentidos.

Yo me interesé por Damperier, que ha pagado con su vida su falta.

Mi profesión me permitió verle en su celda; no le abandoné sino cuando dejó de latir su corazón en el patíbulo.

Nadie ha podido ver mejor que yo al pobre Damperier en sus últimos momentos.

Pues bien; Damperier ha escapado al castigo; ha muerto dichoso, bendiciendo la justicia de los hombres.

La pena de muerte no es, como es sabido, puramente física.

Desde este último punto de vista la piedad de



LA REVOLUCION DE PORTUGAL. — Destrozos ocasionados por la metralla en el monumento que en la Avenida de la Libertad, de Lisboa, conmemora los hechos de armas de las tropas lusitanas contra las españolas y la definitiva independencia de Portugal.

los sabios cree haber dicho su postrera palabra.

La espera del momento supremo aplastará á un sanguíneo, torturará á un sensible; pero no hará huella en el idiota. Mientras el trance fatal está lejano el reo vive y se sostiene de la esperanza. Sólo en el breve plazo de los últimos instantes es cuando el sentenciado á muerte sufre el castigo en todo su rigor.

Ha esperado; ya nada más puede esperar.

Ninguna evasión es posible.

Este tormento dura med a hora, pero es atroz.

Pues bien: la ciencia viene á transformar la angustia de estos treinta últimos minutos en una beatitud incomparable.

La víspera de la ejecución el abogado de Dampier pudo introducirme en la celda del reo.

Fácil me fué dormirle, como yo conocía por las sesiones de los tribunales la historia trágica de su crimen, le dije:

—Mañana por la mañana vendrán á buscarle; Matilde, á quien creía usted haber matado en un momento de celos, no ha muerto, y se va á casar con usted.

La sugestión se verificó y vea usted cómo ha tenido efecto en la práctica.

En el momento en que el verdugo fué introducido en la celda del reo, Dampier se adelantó á él con las manos tendidas, exclamando:

—¡Gracias á Dios!

Luego, mientras la gente lo rodeaba, él hablaba con un gozo infinito.

— ¡Qué mañana tan hermosa! ¿Verdad? Voy al patíbulo contentísimo. No perdamos un instante en vanas fórmulas... Vamos, amigo verdugo... Por tu mano voy á recibir la dicha más grande que he tenido en la vida. ¿Quiéren ustedes beber algo? ¡Regocijémonos!

Ninguno de los asistentes sabía lo de la sugestión.

Estupefacto el director de la prisión, hizo servir un vino blanco, no del todo malejo.

Se bebieron unas copitas, y ya iban á secundar con otras, cuando el reo se opuso.

—¿En qué piensa usted?—dijo— ¿y esa multitud que nos espera en la plaza? Vamos, seamos exactos.

Se le vistió; ¡él lanzó un suspiro de satisfacción!

Ya vestido, se dirigió hacia la puerta de la celda y recibió á las personas que entraban como á otros tantos invitados.

Llegado el momento se lanzó fuera, dirigiéndose con paso seguro al sitio de la ejecución.

—¡Ved qué hermoso está! No he visto altar más ornado de flores. Los cirios ardiendo, parecen estrellitas por cima de la frente divina de mi novia.

Y en el momento en que se le apretaba el cuello, Dampier exclamó con sonrisa inefable:

—¡Es el primer beso!

¿Por qué no se persuadirá á los sentenciados á muerte de que el último suplicio contiene la felicidad suprema?

AURELIANO SCHOLL.



“Seamos positivistas,” es el título de un artículo de *El Progreso*.

¿Quién lo escribió? Porque seguramente el que lo hizo, al tratar de positivismo, tenía en la mente el proyecto de traída de aguas de don Gonzalo de Ri-

Si duda había creído en alguna sorpresa ó en alguna emboscada de ladrones, porque se alegró al verme y me respondió sonriendo:

—Buenos días, amigo mío; entrad.

Le seguí y penetramos en una salita enladrillada donde ardía un fuego raquítico, bien diferente del brasero de Marchas.

—¿En qué puedo servirlos?—me dijo acercándome una silla.
—Señor abate, permitidme que haga yo mismo mi presentación.

Y le alargué mi tarjeta, la tomó y leyó en voz baja: "El conde de Gárens".

—Somos once entre mis compañeros y yo, señor cura—le dije volviendo á tomar la palabra—; cinco de servicio de avanzada y seis instalados en casa de un vecino que no conocemos. Estos seis se llaman Gárens, servidor vuestro, Pedro de Marchas, Ludovico de Ponderel, el barón d'Etreillis, Karl Massouigny, el hijo del célebre pintor, y José Herbon, un muchacho músico. Vengo en su nombre y en el mío á rogaros nos dispenséis la alta honra de cenar con nosotros. Es una fiesta de Reyes, señor cura, y deseamos pararla lo más alegremente que se pueda.

—Me parece—dijo el cura sonriendo—que no es ocasión muy oportuna para divertirse.

—Todos los días nos batimos—le contesté—. Catorce de nuestros compañeros han muerto en menos de un mes y ayer mismo dejamos sobre el campo otros tres. Esta es la guerra. Nos jugamos la vida á todas horas; creo que tenemos el derecho de jugárnosla por celebrar una fiesta. Somos franceses y con esto queda dicho que nos gusta la alegría y que sabemos morir riendo. ¡Nuestros padres se reían sobre la guillotina!.. Esta noche deseamos correría como gente bien educada, de ningún modo como soldados—¿entendéis? ¿Tenemos razón?

—Tenéis razón, amigo mío—me contestó con viveza—, y acepto con mucho gusto vuestra invitación. ¡Gertrudis!—gritó.

Una vieja aldeana corcoba y llena de arrugas, horrible, apareció preguntando:

—¿Qué deseáis?

una habitación bien puesta y confortable, de particular rico, quitándonos con una seguridad admirable, como si hubiera habitado toda su vida en aquella casa donde entraba por primera vez. Fuera quedaron dos hombres custodiando los caballos.

Marchas dijo al gran Ponderel, que le seguía:

—Las caballerizas deben estar á la izquierda; lo he visto al entrar. Vé allí y acomoda los caballos, que ahora nosotros hacen falta.

Luego, volviéndose á mí, me gritó alegremente:

—Da órdenes, ¡vive Dios!, que parece que te sucede algo. Estaba admirado de ver su decisión.

—Voy á colocar mis centinelas en los alrededores del pueblo—le contesté riendo—. Esperame aquí.

—¿Cuántos hombres te llevas?—me preguntó.

—Cinco. El relevo lo haremos á las diez de la noche.

—¡Decir que es día de Reyes! Yo he puesto una pica en flandes encontrando todo esto, pero... habremos de pasar-nos sin reina. ¡Será una fiesta tonta y aburrida!

—¿Tonta?—repetí como un eco—. ¿Por qué? ¿Qué quieres que hagamos?

—Que busques...

—¿Qué?

—¡Pardiez! ¿Qué ha de ser? Mujeres.

—¿Mujeres? ¡Estás loco!

—Yo he encontrado todo lo que has visto, sin indicios que me guiaran, en tanto que para tí una falda es un dato cierto. Busca, busca, compadre.

Tenia un aire tan grave, tan serio, tan convencido, que yo no podía creer que aquello fuera dicho en broma. Sin embargo, le dije:

—¿Te burlas de mí, Marchas?

—Yo no me burlo jamás de mis superiores.

—Pero ¿dónde diablos quieres que encuentre mujeres?

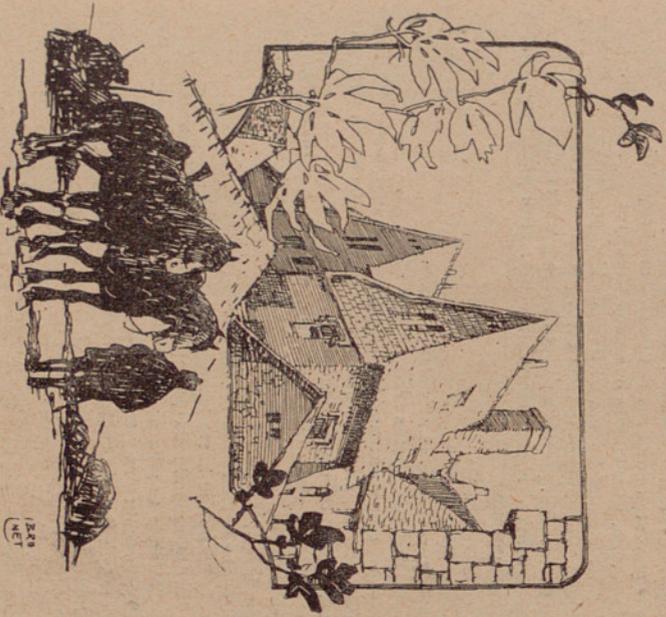
—Donde te plazca; aun deben quedar dos ó tres en el pueblo; descúbrelas y tráetelas aquí.

Hacia mucho calor junto al fuego; me levanté y en este momento Marchas exclamó:

—¿Quieres una idea?

—Sí.

—Vete á buscar al cura.
 —¿Al cura? ¿Para qué?
 —Invítale á cenar y ruégale que se traiga una mujer.
 —¡El cura! ¡Una mujer! ¡Já, já, já!...
 —Pues yo no me río. Vete á buscar al cura y cuéntale nuestra situación. Invítale á cenar y, halagado por esto, aceptará; no te quepa duda. Después le dices que nos hace falta una mujer por lo menos, pero una mujer aceptable, presentable, que pueda alternar con gente del gran mundo como nosotros. El debe conocer á sus feligresas perfecta-mente, al dedillo. Si hay alguna de condiciones y te portas bien, te la indicará.
 —Marchas, Marchas, ¡qué cosas dices!



—Querido Carens, nada te cuesta probar. La cosa es original, pero se trata de gente decente ¡pardiez! y nos portaremos como tal, con perfecta y exquisita cortesía. Dile al cura nuestros nombres; hazle reír ó enternécele, sedúcelo y decídele.

—No, no; es imposible.

Se acercó á mí y, conociendo mi flaco, el muy pillo me dijo:

—Piensa en que esta travesura daría que contar y que reír; en todo el Ejército no se hablaría de otra cosa. Esta calaverada formaría tu reputación.

Yo dudaba, tentado por la aventura. Marchas insistió:

—Vamos, querido Carens, tú, como jefe de destacamento, eres el indicado para celebrar una entrevista con el representante y jefe de la iglesia de este pueblo. Te suplico que vayas y te prometo un romance contando la aventura y haré que vea la luz pública en la *Revista de Ambos Mundos* una vez se termine la campaña. Es la única ocasión que se te presenta de pagar á tus soldados las penosas jornadas de este mes.

—¿Dónde está la abadía? —pregunté, decidiéndome á marchar.

—Dirígete por la segunda calle á mano izquierda, encontrarás una avenida y al final de ella la iglesia; al lado verás la casa abacial.

Y al verme en la calle me gritó alegremente:

—¡Dile el *mentí* para que entre en ganas!

Sin gran trabajo topé con la casa del cura, al lado de una pobrísima iglesia de ladrillos. Llamé con el puño en la puerta, que carecía de campanilla y de llamador, y una voz fuerte preguntó desde dentro:

—¿Quién va?

—Sargento de husares —contesté.

Oí ruido de cerrojos y el de una llave que se introducía en la cerradura, y al abrirse la puerta me encontré frente á un cura barrigudo y alto, de pecho atlético, de formidables manos, que asomaban entre las mangas arremangadas de la sotana. Su rostro era apoplético y tenía además todo el aire de un matón.

—Buenos días, señor cura —le dije saludando militarmente.

bas que para la mayoría lerrou-xista del Ayuntamiento y para muchos prohombres del lerrou-xismo es ahora lo verdadero, lo único *positivísimo*. Todo lo demás, incluso las ideas que dicen susten-tar, es para ellos *negativo ideal*.

Ese proyecto de aguas para ellos representa una cifra incalculable de garbanzos y chuletas.

Echan sapos y culebras todos los diarios neos contra los dignos periódicos que aún hablan del atropello de la niña Montserrat cometido en un convento. Y conforme á su sistema, según es costumbre en ellos, quieren cubrir con insultos la carencia de argumentos. Esto no lo hallamos raro, porque ya les conocemos; lo que si nos extrañó es que un periódico de esos dijera no eran las monjas *autoras del atropello...* ¡Claro, no faltaba más! Nosotros siempre creeremos que esas monjitas son falsas... que tienen... muchos defectos; pero jamás sospechamos (fuera un fenómeno nuevo) que ellas tengan... lo bastante para cometer el hecho... lo que tener puede un fraile ó un curita, por ejemplo. ¡No, jamás! En este punto estamos todos de acuerdo.

Diálogo cogió al vuelo en la Casa del Pueblo la noche de la conferencia de Lerroux:

—¿Tú has creído lo que ha dicho don Alejandro sobre la forma en que ha ganado el dinero que tiene, el cual le permite poseer automóvil?

—Yo no. ¿Y tú?

—Tampoco. Y á propósito de sus automóviles. ¿Para qué crees que los ha comprado?

—Seguramente para darse t.no.

—¡Ca, hombre! ¡Para huir más deprisa el día que nos cansemos de formar rebaño!

La descomposición del partido lerrou-xista es un hecho. Los radicales que comulgaban de buena fe en las doctrinas lerrou-xistas se han convencido de que sirven de sostén á unos cuantos aprovechados que hacen su Agosto.

Y ¡quién saber!... A veces los mismos que levantan un ídolo son los que luego se complacen en destrozarlo.

Si quieren tener en cuenta del enemigo el consejo muchos lerrou-xistas han de sustraer de aquí el cuerpo, pues los suyos ya no quieren ser *chinitos* por más tiempo y el día menos pensado van á hacer un escarmiento.



CARTA CHARADA

de Jaime Tolrá.

Señorita *todo*: Tenga la amabilidad de entregar á la *dos, tres, cuatro*, mi camarera, aquel rico *uno*,



LA REVOLUCION DE PORTUGAL.— Casa de la Avenida de la Libertad, de Lisboa, que fué incendiada y destruída por una bomba durante el bombardeo de la ciudad.

dos, tres que le encargué, pues acercándose el santo de mi querida *tres, cuatro, cuarta* inversa *tercera* en deseos de ver realizado mi *tercia cuarto terc a* sueño.

S. s. s. q. b. s. p.—*Primera segunda.*

TROMPO NUMÉRICO

de Manuel Tató.

1 0 4 0	=	Animal.
1 7 6 0	=	La nieve.
1 6 4 0	=	Delicada.
1 6 9 0	=	Orden.
1 0 7 8 9 0	=	Para alumbrar.
1 0 4 1 0 7 7 6 0	=	Vanidad.
1 2 3 4 5 6 7 8 9 0	=	Pueblo de Málaga.
1 8 7 4 0 7 6 4 0	=	Nombre de una artista.
1 7 6 8 9 3 7 0	=	Poca cosa.
1 7 0 4 3 9 0	=	Tejido.
1 6 5 2 7 0	=	Forma.
1 6 3 7 0	=	Animal.
1 2 5 0	=	Huída.
1 3 0	=	Asquerosa.
1 0	=	Nota.
1	=	Consonante.

Armonías lerrouxistas



En la Casa de la Ciudad



En la Casa de... Lerroux

SOLUCIONES

(Correspondientes a los quebraderos de cabeza del 8 de Octubre.)

AL JEROGLIFICO COMPRIMIDO
Arboleda.

AL ANAGRAMA
Genero-Gerona.

Han remitido soluciones. — Al jeroglífico comprimido: María Balasch, Luis Puig, Proyecto Soler (Gerona), José Roig, José Torrenbó, Marcial Pérez y Jacinto Castellote.
Al anagrama: María Balasch, Luis Puig, Jacinto Castellote, Marcial Pérez, Pedro Rich y Juan Liosas.

◀ **ANUNCIOS** ▶

LA COSMOPOLITA
EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES
FUNERARIA DEL SAGRADO CORAZÓN
ESPECIALIDAD EN ATAÚDES DE LUJO
ANTONIO QUINTILLA
S.en C.

RONDA UNIVERSIDAD · 31
(TELÉFONO 2480)
SUCURSAL: ARIBAU · 17 (TELÉFONO 2490) · **BARCELONA**

PIDASE PARA CURAR LAS
ENFERMEDADES NERVIOSAS
ELIXIR
POLIBROMURADO
AMARGÓS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
 UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito),
 HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña),
 COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO,
 DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA
 y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. AMARGÓS, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

¡¡Tuberculosos!! ✧ ¡¡Anémicos!! ✧ ¡¡Neurasténicos!!

NO DESESPEREIS hasta haber probado nuestro tratamiento especial
 CURARÉIS SI NOS CONSULTÁIS Á TIEMPO

CLÍNICA del Dr. CROUS, CARMEN, 56, principal.



ROB DEPURATIVO
XARRIÉ

40 años de ÉXITO VERDAD

Cura radicalmente y sin molestar ni debilitar a enfermo
 todas las enfermedades **HERPÉTICAS**
 (tanto internas como externas), irritaciones de garganta,
 riñones, escrófula, forunculosis, etc.

*Si queréis conservar la Salud y la Belleza
 tomad el Rob Xarrié*

DE VENTA en todas las principales farmacias y gran-
 des droguerías de España y Ultramar.

ARTÍSTICO REGALO

á los que padecen de Neurastenia, Inapetencia, Debilidad, Palpitaciones de corazón y demás
 enfermedades que reconozcan por base la desnutrición orgánica, comprando al autor seis
 frascos del poderoso **Fosfo-Glico-Kola Doménech** costarán sólo pesetas 21,
 tónico-reconstituyente y se regalará una artís-
 tica maleta metálica, litografiada, de muchas aplicaciones. Muestras gratis al autor, **Ronda
 de San Pablo, núm. 71.** — Farmacia premiada por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.



EL MONSTRUO CLERICAL